



ARMAS Y DESARME

CHINA ha estallado su doceava bomba atómica de prueba, a los siete años de haber ensayado la primera. Es una explosión de una equivalencia de 20.000 toneladas de TNT, es decir, de la misma potencia de la bomba de Hiroshima. Puede considerársela como pequeña si se la compara con la reciente explosión nuclear subterránea norteamericana en Amchitka, que se ha considerado como 250 veces superior a la de Hiroshima y en relación incluso con la de tres millones de toneladas de TNT que probó China en octubre del año pasado. Esta reducción inquieta en los Estados Unidos: se supone que es el modelo de bomba que un proyectil intercontinental chino podría colocar en el territorio más próximo de Estados Unidos.

En el momento en que se reanuda las SALT —conversaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética para la limitación del armamento estratégico—, la explosión china es un aldabonazo a la puerta, pidiendo entrada. También coinciden con las SALT una serie de noticias emitidas desde el mundo occidental advirtiendo que la Unión Soviética tiene ya una considerable superioridad de armamentos con respecto a los Estados Unidos, no sólo en cuanto a cantidad, sino también en cuanto a modernidad y eficacia. Estas coincidencias se producen siempre que se habla de desarme o de reducción de fuerzas de la OTAN: no debemos olvidar que las fuentes de información son, precisamente, de los mismos estamentos directamente interesados en que no se reduzcan los presupuestos de gastos de guerra. Cuando el Senado de los Estados Unidos estudia la retirada de sesenta mil soldados estacionados en Europa, el Pentágono —el secretario de Defensa, Melvin Laird— responde con la curiosa semántica de nuestro tiempo que ese paso comprometería las negociaciones mutuas para reducir las tropas de la OTAN y las del Pacto de Varsovia. Es decir, que la reducción de tropas comprometería la reducción de tropas. Precisamente, en estos días han circulado rumores de que

los países comunistas —esto es, la URSS— pensaban disolver unilateralmente el Pacto de Varsovia, pero no hay ninguna confirmación ni parece que tengan fundamento real. En cuanto a las conversaciones generales de desarme que se celebran desde hace años en Ginebra, nada parece impedir ya la incorporación de China. Sin embargo, se piensa que China va a proponer que se disuelvan las conversaciones de Ginebra y que el desarme general, atómico y convencional, se discuta ampliamente en las Naciones Unidas, con participación de todos los países del mundo y no solamente de las potencias atómicas.

Esta propuesta puede tener un gran eco, especialmente entre los países considerados como del tercer mundo; aparte de que la razón parece buena, será una hábil maniobra política para ganarse a esos países, a los que va dirigida ahora su campaña política en la ONU. No olvidemos que la asamblea general está compuesta por bloques de votos, y China necesita crear el suyo, puesto que no puede inscribirse en el comunista, dominado por la URSS y, naturalmente, tampoco en el occidental, que dirigen los Estados Unidos. En cuanto al desarme en sí tampoco adelantará mucho porque se traslade y amplíe su centro de discusiones. Debemos recordar que las armas son una consecuencia de las tensiones entre países, y no una causa, y que el desarme deberá producirse como consecuencia de una reducción de tensiones y de alarmas en el mundo, aunque muchas veces parece adoptarse el punto de vista aberrante de que ha de ser a la inversa. También debemos recordar, con todo el pesimismo que pueda desprenderse de ello, tienen la edad del siglo, desde que se celebró la Primera Conferencia de la Paz de La Haya, 1899, y que en ese tiempo se ha pasado desde la ametralladora Maxims hasta los cohetes atómicos de cabeza múltiple y a las posibles nuevas armas soviéticas cuya existencia denuncian ahora las fuentes militares de occidente.

■ JUAN ALDEBARAN.